

¿Para qué “sirve” la filosofía?

Hace cuatro años que estudio filosofía, y si pusiera como premisas, experiencias y sentimientos, llegaría a la conclusión de que es muy difícil ser buen estudiante de filosofía. Entiendo por buen estudiante el que no sólo asimila conocimientos sino el que vive lo asimilado, y como la vida es convivencia con seres y cosas, hace revertir eso asimilado en algo o alguien.

Hay en el contenido de otros estudios un acercamiento a aspectos parciales y concretos que derivan en aplicaciones parciales y concretas. Dejo a un lado las ciencias biológicas, matemáticas, físicas porque es de todo evidente. Pero aún la historia o la literatura nos enfrentan con algo limitado, asible, abarcable. Ningún profano pregunta para qué sirve la historia o la literatura. Y en cambio, muchos me han preguntado para qué sirve la filosofía. Hay algo que se les escapa, y lo extraordinario es que se les escapa la comprensión del hombre mismo. Podríamos decir que las ciencias fisicomatemáticas y biológicas expresan la necesidad del hombre frente al mundo de objetos que lo rodean y yendo más lejos al hombre como parte de ese mundo. Nadie duda de que si un químico estudia las propiedades del oxígeno lo hace en provecho del hombre. Y que si el físico construye un espacio de relaciones ideales lo hace para reducir ese caos de “cosas” perceptibles a un cosmos organizado, en donde todo se puede prever y explicar, desapareciendo así el terror del hombre primitivo frente a una naturaleza brutal y extraña por sus fantásticas manifestaciones. Pero por otra

parte, la historia, las letras, la filosofía expresan las necesidades del hombre frente al hombre mismo. La historia deja en pie un pasado del que la naturaleza humana no puede prescindir. ¿No es acaso la historicidad una diferencia que lo separa del animal? ¿El poder actualizar hoy lo que fué ayer, y el pensar que lo que es hoy se va a reflejar mañana? En literatura, como en todas las artes, hay un afán de comunicación, un deseo de estar con otros concretizado en una obra del espíritu. Pues si hay escritores es porque hay lectores, y si existen éstos es porque pueden existir aquéllos. Y la filosofía es por fin la necesidad de las necesidades. Me atrevería a decir que si existen las otras necesidades es porque el hombre filosofa, y, al filosofar se admira! ante la fantástica plenitud, ante ese orden mezcla de fantasía y de secuencia lógica de un universo que no parece necesitarlo para existir. ¿No es lógico entonces que busque dominar la naturaleza, de asegurarse un pasado, del que por lo menos está seguro, de dar algo con respecto a lo cual se sienta esencial, como el caso de un artista frente a su propia obra?

Entonces ¿porqué me preguntan para qué sirve la filosofía? No "sirve" —como no sirve la historia o la literatura—, es, existe, está ahí junto al hombre y pegada a él, y en cuanto éste abandona sus tareas cotidianas salta sobre él y pide satisfacción: el tributo que exige es expresar en palabras, en signos que los otros van a entender ese algo inefable, casi incommunicable que nos estruja. Y entonces cobra forma ese admirarse frente a todo lo que existe y no existe, sediento de expresión y comunicación, que se afana por estar en el mundo de los hombres y que por otra parte no hace con eso sino reclamar sus derechos legítimos.

Por eso dije que es difícil ser estudiante de filosofía. En primer lugar, hay que intuir no el fruto de un razonamiento no comprometido, sino la labor de algo mucho más complejo que la razón. La labor de un hombre que es además sentimiento, instinto, perplejidad, variación, ansiedad, situación en una época. ¡Cuántas veces leí una obra filosófica y creí entenderla, cuando sólo me había quedado en lo exterior, encadilada por la fuerza de un purísimo razonamiento matemático o por juegos de palabras irrechazables a fuerza de densidad! Y de pronto, después de varias lecturas, una luz, y uno aprieta los puños como para no dejar escapar ese algo que se entrevió como un relámpago y que quiere volver a esfumarse. ¡Dios, por fin lo acepté!

Y en segundo lugar: ¿qué hago yo con lo así aprehendido y elaborado? No creo que haya estudiante de filosofía que no se haya plan-

teado alguna vez esta pregunta, o en un momento de cansancio, o de desesperanza ante una tarea inacabable, o cuando la realidad más concreta de cada día reclama algo que ni la metafísica ni la lógica puede dar. Pues bien, no hay problema acá. Pertenezco a una época y como todos los hombres de ella, cada uno en su dominio, contribuyo a darle su tono peculiar. Es este tono el que va impregnar la vida, obras, artes e ideologías de una época. No sé si el positivismo es causa o efecto del auge de las ciencias, pero lo evidente es que había en ese momento una unidad estructurada y un fin determinado. Y cuanto más fuerte sea esa unidad y más visible lo que se trata de alcanzar, más se logrará y con más provecho. Allí están comprometidos el que trabaja, el que estudia o el que filosofa, y hasta el que no hace nada, pues ¿acaso el no hacer nada no es índice de algo? Yo, estudiante de filosofía, estoy comprometida por el especial punto de vista que adopte ante las obras que leo; por la manera en que las revista, adapte, rechace o acepte, por lo que elabore luego, y por lo que, como fruto de ese trabajo, dé de mí hablando, escribiendo o simplemente viviendo.